

VIVIR AL SERVICIO DEL REINO

ALGUNAS INQUIETUDES QUE SIENTO COMO SUPERIOR GENERAL

El P. Antonio me pidió que os hablara sobre el tema Consagración-Misión. Ya le dije que yo no era un especialista en teología de la Vida Religiosa. De todos modos, lo acepté pensando que os podía compartir aquello que me preocupa y me motiva en este momento como Superior General de una Congregación religiosa misionera, al reflexionar sobre el tema que se me ha propuesto. No creo que haya ninguna necesidad de detenerse sobre los conceptos teológicos de consagración y misión. Me parece más importante abordar el tema desde la vida y ver cómo estos ideales se convierten en fuentes de sentido y dinamismo en la cotidianidad de nuestra vida.

Lo haré desde la perspectiva que me ofrece la situación de mi propia Congregación y mi propia experiencia dentro de ella. Tanto el tiempo que pasé de misionero en Japón, como los años en el servicio de gobierno, primero como consejero encargado del apostolado de la Congregación y luego como Superior General, han configurado mi modo de ver la realidad y de identificar los desafíos que en ella descubro y el modo de afrontarlos.

Soy consciente de que hablo a un grupo de Superiores Mayores que podrán ampliar y corregir mi aportación y ello me da cierta tranquilidad. Y quiero partir, precisamente, teniendo en cuenta este dato, de lo que considero fundamental en la misión del Superior Mayor. Nos va a iluminar a la hora de plantearnos los desafíos y buscar las grandes líneas que deberíamos impulsar hoy.

No cabe duda de que, desde una perspectiva evangélica, la misión del Superior Mayor es la de “cuidar de sus hermanos”, es decir, acompañarlos en su camino de crecimiento como personas consagradas, enviadas a proclamar la Buena Noticia del Reino. Con esta misión fundamental se relaciona una responsabilidad ineludible del Superior Mayor: mantener vivo el carisma, el de la vida consagrada y el del propio Instituto. El carisma es la razón por la que existimos en la Iglesia y en el mundo. Dios lo suscitó a través de nuestros Fundadores y lo sigue suscitando a través de quienes se sienten convocados a sumarse a la familia religiosa que nació por su mediación. Es un don, un tesoro que hemos recibido del Padre y que debemos cuidar con esmero. Se trata de un carisma que, como todos, tiene rasgos permanentes y expresiones condicionadas por circunstancias histórico-culturales. Habrá que saber, por lo tanto, releerlo y re-expresarlo en cada momento histórico y en los distintos contextos culturales para que pueda seguir siendo significativo y portador de vida para quienes han sido agraciados con él y para quienes deben recibir los frutos de la acción misionera que suscita. Cuidar la vitalidad de esta carisma es una de nuestras responsabilidades más importantes.

INTRODUCIENDO EL TEMA

En la audiencia que el Papa Benedicto XVI concedió a los Superiores Generales el día 22 de mayo de 2006, después de manifestar su gratitud a los consagrados por su compromiso en difundir el “buen aroma de Cristo” (cf. 2 Cor 2,15) en la Iglesia y en el mundo, nos recordó que tenemos hoy “la misión de ser testigos de la presencia transfigurante de Dios en un mundo cada vez más desorientado y confuso, un mundo en el cual los matices han sustituido los colores nítidos y genuinos”. Señaló el Papa como característica de los religiosos su *pertenencia al Señor por encima de todo* y explicó que “pertenecer al Señor significa estar encendidos por su amor incandescente y

ser transformados por el esplendor de su belleza”¹. Ahí radica la fuente donde debe beber la vida consagrada para cumplir su misión profética en el mundo de hoy. Es aquí donde se ubica el tema de la consagración; éste es el sentido de nuestra vida, su razón profunda de ser: nos sabemos posesión de Dios porque Él nos ha llamado y nos sentimos verdaderamente “agraciados” con esta llamada. A partir de ahí surge el planteamiento de nuestra vida como respuesta a esta llamada, una respuesta que se va a ir declinando en cada uno de los ámbitos de nuestra vida y que será conformada por el carisma específico de la comunidad en la que la vamos a vivir.

En el documento que recoge el proceso vivido durante el “Congreso internacional de la vida consagrada” que, organizado por las Uniones de Superiores y Superiores Generales, se celebró en Roma en el mes de noviembre del año 2004, se afirma: “*El deseo de responder a los signos de los tiempos y de los lugares nos ha llevado a describir la vida consagrada como pasión: Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*”². Es otro modo de expresar el binomio inseparable sobre el que gira toda nuestra vida: consagración-misión.

Esta consagración nos une a Cristo, el “Ungido” y “Consagrado”, y marca radicalmente nuestro modo de vivir: vivimos, como Jesús, únicamente para Dios y para la realización de su proyecto, el Reino. Hemos sido llamados a vivir al servicio de este proyecto con radicalidad, asumiendo la configuración con Cristo en su modo histórico de vivir enteramente para Dios y para los demás.

Esta respuesta engendra una vida caracterizada por una fuerte pasión por Cristo y por aquellos por quienes Él dio su propia vida. Pero, solamente se puede estar apasionado por algo cuando el objeto que da razón de este sentimiento ocupa realmente el centro de nuestros corazones y de nuestras vidas. Es, pues, Cristo, su pasión por el Reino -el gran proyecto del Padre- y su compasión por la humanidad, el centro integrador de nuestras vidas. Éste es el fundamento sobre el que se construye nuestra vida, se configura nuestra fraternidad y se articula la proyección misionera.

DÓNDE Y CÓMO NOS ENCONTRAMOS

¿Responde la vida consagrada a estos ideales que nos propone el Papa o que nosotros mismos afirmamos en el Congreso como fundamentales para que la vida consagrada tenga hoy sentido pleno en la Iglesia y en el mundo? Se han hecho muchos análisis de la vida consagrada, se han escrito libros y artículos. Se han planteado preguntas desde las estadísticas y desde los nuevos modos de concebir la misión de la Iglesia. En algunos lugares se nos ha declarado “enfermos terminales”. Son precisamente los lugares de los orígenes de nuestros Institutos desde donde, llenos de ilusión y de proyectos, partimos a compartir con otros el don que habíamos recibido. Son lugares donde estamos cargados de experiencia, pero donde hoy nos sentimos más débiles que antes; estamos aprendiendo de nuevo a ser humildes, como en los inicios de nuestra historia. En otros lugares nos juzgan “adolescentes caprichosos e inexpertos”. Se trata de aquellos lugares donde nuestro carisma no ha alcanzado todavía aquel grado de madurez que le permite expresarse en un nuevo lenguaje que responda tanto a las raíces iniciales como a los rasgos culturales del lugar. Son lugares, por otra parte, donde a la vida consagrada llegan jóvenes con una gran diversidad de motivaciones que habrá que ayudar a purificar y a quienes habrá que saber acompañar. Son lugares donde nos podemos sentir fuertes y tentados de conquistar espacios de poder y de prestigio. Son lugares llenos de futuro, pero que encierran también sus peligros. De todos modos, creo que ni

¹ Discurso del Papa Benedicto XVI en la audiencia concedida a los Superiores y Superiores generales el día 22 de mayo de 2006. OSSERVATORE ROMANO, día 23 de mayo.

² “*Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*”. Congreso Internacional de la Vida Consagrada. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005, pag. 357

somos “enfermos terminales” ni “adolescentes caprichosos e inexpertos”. Somos hombres que han sentido la llamada del Señor y siguen creyendo que vale la pena consagrar toda la vida a responder a ella. Somos personas que creemos que nuestra vida tiene pleno sentido porque sigue siendo impulsada por el Espíritu que nos alienta y fortalece para poder seguir a Jesús. Pero también estamos convencidos de que hay que re-crear constantemente este carisma para que siga siendo portador de vida.

Somos personas que hemos crecido durante estos últimos años en nuestra visión del mundo y en la visión de nuestra propia identidad dentro de la Iglesia. El esfuerzo que hemos hecho todas las Congregaciones después del Concilio Vaticano II para re-expresar nuestros carismas ha sido una aventura apasionante que ha producido sus frutos. La Vida Consagrada ha cambiado y, sacando las cuentas, creo que ha cambiado para bien. Teóricamente hemos clarificado nuestra ubicación eclesial y nuestro patrimonio carismático. Queda el desafío permanente de interiorizar estos caminos y hacer que sean verdaderamente inspiradores de la vida cotidiana de todos nosotros.

Hemos tomado muy en serio el análisis de la realidad a la hora de definir nuestros apostolados. Hemos intentado leer con atención los signos de los tiempos y emprender procesos serios de discernimiento. Nos hemos desplazado hacia nuevos lugares de misión y hemos intentado insertarnos generosamente en las iglesias particulares y en sus proyectos pastorales. La opción por los pobres ha sido una motivación constante en nuestros proyectos misioneros y en la búsqueda de las nuevas ubicaciones. El compromiso por la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación es ya un elemento incuestionable en nuestros proyectos pastorales.

En nuestras comunidades se valora a la persona con sus dones y riquezas y se busca para cada uno aquel camino en el que se pueda sentir plenamente realizado. Como se indica en el documento *Vida fraterna en comunidad*: “el clima de convivencia ha mejorado; se ha facilitado la participación activa de todos, se ha pasado de una vida en común, demasiado basada en la observancia, a una vida más atenta a las necesidades de cada uno y más esmerada a nivel humano”³. Hemos ido consiguiendo una comprensión más justa de la obediencia como sumisión absoluta al proyecto de Dios y búsqueda de su voluntad sobre la comunidad y cada uno de sus miembros. Los procesos formativos han sido revisados a fondo y se ha procurado privilegiar la personalización de los valores de la vida consagrada y de la identidad del Instituto.

La comunidades de inserción y los múltiples proyectos misioneros que han dado un nuevo rostro a nuestra presencia entre los pobres y excluidos, han sido un recuerdo constante del grito de esas personas y esos pueblos que, por lo menos, han sembrado inquietud en las reflexiones de nuestras Asambleas y Capítulos. El desplazamiento hacia nuevas fronteras geográficas, sociales y culturales nos ha permitido enriquecer nuestro patrimonio espiritual y nuestra historia con nuevas sensibilidades, pero ha traído cuestionamientos que nos obligan a afrontar preguntas incómodas. Hemos creado cauces nuevos de participación de todos en el discernimiento y toma de decisiones, lo cual ha contribuido a crear una mayor corresponsabilidad aunque vemos que ha hecho más lentos los procesos, a veces casi interminables.

Nuestra espiritualidad se ha hecho más bíblica y litúrgica, y ha sabido integrar la llamada que llega de las realidades de nuestro mundo. El retorno a las fuentes de nuestros carismas nos ha permitido releerlos y buscar en ellos nuevas pistas de respuesta a los desafíos de este momento histórico.

³ VFC 47

Podríamos alargar la lista. Son muchos los aspectos positivos que podemos descubrir en el caminar de la Vida Consagrada en estos últimos años. De todos modos, nos sentimos un tanto insatisfechos e inquietos. No acabamos de ver que todo este esfuerzo realizado se traduzca en mayores frutos de santidad, de dinamismo comunitario y de audacia apostólica. ¿Qué nos falta? ¿Hacia dónde hemos de apuntar para no perder el horizonte? ¿Cómo vivir hoy esta consagración que nos pone totalmente en manos de Dios y nos libera de todo aquello que pueda ser un impedimento para testimoniar y proclamar la novedad del Reino? ¿Bastará con hacer nuevos proyectos misioneros?

Todas estas preguntas nos asaltaron, naturalmente, a la hora de plantearnos nuestro último Capítulo General. Os lo cuento. Cuando comenzamos a preparar el anterior Capítulo General constatamos una gran coincidencia en la preocupación de los Superiores Mayores de la Congregación sobre la necesidad de afrontar el tema de la identidad. No sentíamos, ciertamente, la necesidad de buscar nuevas definiciones, porque estábamos muy convencidos de que el proceso de renovación congregacional posterior al Concilio Vaticano II nos había dejado unas formulaciones profundas y precisas, tanto en las Constituciones renovadas como en otros documentos. Además, el magisterio de los Capítulos Generales y de los Superiores Generales nos había ofrecido indicaciones muy importantes en torno a este tema. Nos preocupaba, sin embargo, cómo esta identidad, tan bien definida, llegaba a configurar nuestra propia vida y la de nuestras comunidades y sus proyectos apostólicos. Tanto las características del momento histórico que estábamos viviendo como la pluralidad de situaciones culturales presentes en la realidad congregacional, nos planteaban nuevas preguntas, o mejor todavía, nos hacían descubrir nuevas resonancias en la pregunta fundamental: quiénes somos y cómo debemos vivir hoy esta identidad. Decidimos obviar la palabra “identidad”, que podía orientarnos hacia una discusión excesivamente teórica, y optamos por plantear la pregunta del siguiente modo: *¿Cómo vivir hoy nuestra vocación misionera?* Ésta fue la inquietud que orientó nuestro discernimiento en la etapa pre-capitular y durante la celebración del mismo Capítulo General. Los tres elementos presentes en la pregunta nos alertaban ya sobre aspectos fundamentales que había que tener en cuenta. Se trata de una “vocación”, de un don, de una llamada, de un regalo de Dios y no de un proyecto primariamente nuestro, pensado y definido desde nosotros mismos. Es, ante todo, una llamada que hay que escuchar y a la que hay que responder. Implica una relación que toca la vida de quien escucha la llamada y que le va confrontando continuamente con nuevas preguntas. Se trata de “vivir” de acuerdo a las exigencias que surgen de esta llamada que encuentra resonancias en todas las dimensiones de la vida. Y finalmente se trata de vivirla “hoy”, sabiendo re-escucharla en las cambiantes circunstancias de la historia, teniendo siempre presente el “pathos” de Quien llama y su proyecto de salvación.

Luego, el itinerario capitular nos centró en el tema de la *mística misionera*, como condición fundamental para responder a esta llamada. Durante el Capítulo vimos con mucha claridad que necesitábamos renovar la motivación que nos mantenía atentos a los desafíos que descubríamos en el mundo y dispuestos a asumir las consecuencias que comporta responder a ellos desde las exigencias del carisma misionero que el Señor nos ha dado. Nuestro documento capitular, que recoge las orientaciones que han de guiar la Congregación durante este sexenio, se tituló “Hombres que arden en caridad”, recogiendo las palabras del Fundador cuando describe cómo quisiera que fueran los miembros del Instituto: “Un hijo del Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa”.

Ciertamente, los religiosos hemos comprendido la necesidad urgente de reavivar el fuego interior que da sentido a nuestra vida y dinamismo al compromiso apostólico. Esta fue la experiencia de nuestros Fundadores y ésta ha sido la experiencia de muchos hermanos nuestros que son hoy puntos de referencia para todos nosotros. Sabemos muy bien que sin este fuego nuestras vidas no serán capaces de transmitir luz ni calor. Sin él nuestro trabajo y nuestras instituciones no serán capaces de

comunicar el Evangelio del Reino. Sin él nuestros procesos formativos no serán más que itinerarios de capacitación profesional más o menos logrados. Sin este fuego la preocupación que podamos tener por los recursos económicos necesarios para sustentar la vida y las actividades de la Congregación no se va a diferenciar mucho de la de cualquier otro grupo humano. Hay que recuperar la mística misionera: dejar que Dios se apodere verdaderamente de nosotros, cuidar la amistad con Jesús y dejarnos guiar por su Espíritu. “Aspirar a la santidad: éste es en síntesis el programa de toda vida consagrada”, nos dice *Vita Consecrata* en el número 93. Para vivir hoy nuestra vocación de consagrados y poder expresarla en una vida misionera generosa y audaz, “reavivar el fuego interior” es la condición “sine qua non”.

ELEMENTOS IMPORTANTES PARA DINAMIZAR LA VIDA CONSGARADA HOY

¿Cuáles serían los caminos que nos permitirían expresar más significativamente nuestra identidad como consagrados? ¿Qué acentos son necesarios para ello? Os comparto algunos pensamientos esperando que, luego, vosotros los podáis completar y corregir y reformularlos desde vuestra propia identidad carismática. Me voy a fijar en tres aspectos porque creo que son los que mejor responden al tema que se me indicó y que recogen las tres dimensiones fundamentales de la vida consagrada, que han de estar siempre bien articuladas entre ellas: la espiritualidad, la fraternidad y la misión.

1. Reforzar la dimensión teológica de nuestra vida.

Creo que es el desafío fundamental. Nuestra vida es respuesta a una llamada y solamente escuchando de nuevo la llamada y dejando que sea ésta la que guíe nuestros procesos interiores seremos capaces de vivirla con gozo y sentido. La experiencia fundamental es la de ser llamados, atrapados y seducidos por Dios de tal manera que responder a esta llamada se convierte en nuestra aspiración fundamental, en lo único que puede llenar de sentido nuestra vida. Escuchar esta llamada, tomar conciencia de ella y responder, es el primer paso en este camino. Nos hemos de sentir urgidos a recuperar, cuidar y ahondar la experiencia religiosa, tanto la genuinamente cristiana como la propiamente vocacional y de consagración en la vida religiosa, y esto tanto a nivel individual como comunitario. La calidad de nuestra vida se juega en este terreno y no en otros criterios de calidad o de excelencia. Para ello será necesario y fundamental encontrar las mediaciones necesarias para cultivar esta experiencia o dimensión. Nosotros estamos llamados a ser signos claros de la referencia a Dios, al Absoluto, que está inscrita en el corazón de cada ser humano. Nuestra vida ha de ser capaz de suscitar preguntas sobre Dios en el corazón de aquellos con quienes nos relacionamos.

Vivir centrados en Cristo ha de ser nuestra preocupación primordial. Se trata, en último término, de la pasión por Cristo y por el Reino de que hablábamos en el Congreso sobre la Vida Consagrada. Nos tendremos que dejar acompañar por la Palabra y transformar por la Eucaristía para que nuestra vida sea, como decía Benedicto XVI, exégesis viviente de la Palabra⁴ y nuestro modo de vivir sea verdaderamente eucarístico, un modo de vivir que encuentra su razón de ser en el dar la vida para que todos tengan vida en abundancia. Solamente viviendo centrados en Cristo, podremos vivir des-centrados de nosotros mismos y de nuestros intereses y ser eficaces en la misión. Por ello deberemos cuidar los tiempos y los modos de profundizar nuestra experiencia de fe. Es un desafío en la organización de nuestra vida, tanto en el ámbito personal como comunitario.

⁴ Benedicto XVI, Angelus, 18/11/2007

Esto tiene una implicación muy grande para el desarrollo de nuestra misma misión. Ante los desafíos que nos presenta la realidad nos sentimos verdaderamente pequeños. En algunas zonas vemos como el número de religiosos y religiosas está disminuyendo notablemente. Las previsiones de futuro son, además, un tanto preocupantes. Por otra parte, parece como si nuestra presencia en las sociedades que han alcanzado un nivel notable de progreso económico y bienestar social se hiciera irrelevante. Los servicios que ofrecemos desde nuestras obras, los están ofreciendo también otros con buena calidad. Hay innumerables plataformas desde las que los jóvenes pueden dar cauce concreto a sus ideales de servicio a los demás y de compromiso por un mundo diverso. Son muy numerosas las ONGs y otros muchos grupos presentes en África y en otros lugares donde se dan situaciones de emergencia o simplemente de pobreza y subdesarrollo económico. ¿Cuál es, entonces, el sentido de nuestra misión? Al hacernos esta pregunta nos sentimos obligados a volver a lo más nuclear de nuestra vocación y recuperar aquella dimensión teológica que da sentido a nuestra vida y a todo lo que hacemos. Centrarnos en Dios y en su proyecto nos permite descubrir cómo recrear la relevancia de nuestras obras y actividades en un mundo que parece poder prescindir de Él o que, por el contrario, pretende, a veces, manipularlo.

Nuestras Congregaciones nacieron con una vocación radical de servicio en distintos momentos de la historia. Se trata, sin embargo, de un servicio que se expresa a través de lo que somos y de lo que hacemos. El ser marca el hacer y determina el qué y cómo se hace. Los Institutos no se originan en función del hacer, aunque respondan a necesidades apremiantes del momento histórico que les ve nacer. Cada uno de ellos se articula en torno a las tres dimensiones fundamentales de la vida eclesial (la fraternidad, la celebración y la misión) y las integra desde el carisma específico recibido por el Fundador y sancionado por la Iglesia. Este carisma marca el modo de vivir la vida cristiana de los llamados a una determinada comunidad y va más allá del trabajo específico que les ha sido confiado. Es un aspecto importante porque la vocación de un Instituto no se define desde la “funcionalidad” sino desde el “profetismo”. Y esto supone y exige estar profundamente radicados en Dios y en su proyecto. Profundizar la experiencia de Dios es lo más urgente para cada uno de nosotros.

La experiencia de Dios nos acerca a lo más nuclear de la persona, nos obliga a escuchar sus gritos y a sentirnos solidarios de sus búsquedas; nos hace discretos en el acompañamiento y nos ayuda a valorar la riqueza de las respuestas que las personas van encontrando en el camino. La experiencia de Dios nos obliga a acercarnos a los pobres y excluidos, nos invita a ser sus compañeros de camino y crea dentro de nosotros aquellos espacios de libertad necesarios para revisar nuestra vida y nuestras obras desde su situación. La experiencia de Dios despierta en nosotros una nueva conciencia ecológica y cósmica que nos hace sentir solidarios con toda la Creación y respetuosos con los dinamismos que el mismo Creador puso en ella. Una profunda experiencia de Dios afina nuestra sensibilidad para saber captar su presencia en la vida de las personas y las culturas y ponernos a su servicio. Nos hace menos dogmáticos y más servidores. La experiencia de Dios es la única fuerza capaz de suscitar aquella esperanza que se mantiene firme a pesar de las dificultades y es siempre dinamizadora de un compromiso a favor de la vida.

Junto a ello existe el desafío de profundizar una espiritualidad de la pequeñez, de la kénosis, aun en medio de los grandes proyectos que podamos estar llevando a cabo. El religioso “se ha vaciado” para dejar que Dios lo llene y para que, de este modo, su vida se haga transparente a su presencia. La sociedad de consumo difunde la falacia que el éxito en la vida y la felicidad dependen de la abundancia de bienes y de los logros en el campo profesional. La vida religiosa deberá desmontar esta equivalencia, pues siempre habrá nuevos bienes en oferta y nuevas metas a conseguir. Religiosos espirituales, alegres y sencillos, que gocen su trabajo y la convivencia de hermanos, serán un gran testimonio de que es posible la felicidad sin la carrera consumista, sin vivir ahogados

por una cruel competitividad elitista. Nuestra vida debería proclamar aquello que expresó tan bien Santa Teresa de Jesús: “Sólo Dios basta”. Éste es el primer y gran desafío que tenemos planteado.

2. Profundizar la experiencia de la fraternidad misionera

El individuo ha sido la gran conquista de la modernidad; pero su exacerbación -el individualismo- es nocivo y, desgraciadamente, está fomentado por la cultura mercantil y consumista. El consumo, en los grupos sociales que gozan de un cierto nivel de vida –aunque no sea especialmente alto-, ya no se orienta hacia la familia, sino hacia el individuo: que cada cual tenga su TV, su cámara fotográfica, su laptop, su celular, su auto, etc., aunque la crisis económica que estamos experimentando esté ya llenando de preguntas este estilo de vida. En medio de esta “nueva cultura”, son muchas las personas que se sienten solas y buscan, de algún modo, ámbitos de comunicación con los demás, aunque, con excesiva frecuencia, se prefiere una comunicación que no llegue a “estorbar” demasiado o que se pueda controlar con cierta facilidad como es, por ejemplo, la comunicación telemática. Recuperar, cuidar y ahondar la experiencia y práctica comunitarias es, en este contexto, un gran desafío para la vida consagrada hoy. Tendremos que discernir y buscar qué mediaciones pueden ayudarnos a volver a tejer o a profundizar el tejido comunitario. No es algo que se pueda dejar a la improvisación.

La comunidad es “escuela de humanidad”. En ella se nos educa en la atención al otro: a su modo de ser, a su pensamiento, a su historia, a su experiencia de fe. En la comunidad se nos exige escuchar y expresarnos, amar y abrirnos al amor de los hermanos. En ella crecemos y nos hacemos servidores del crecimiento de los demás. La comunidad ayuda a acoger la Palabra con fe y alegría, y nos invita a vivir el memorial de la Pascua del Señor que celebramos cada día. A la luz de la Palabra, en el diálogo fraterno, se aprende a descubrir al otro dentro del proyecto de Dios y a mirar la realidad con los ojos y el corazón del Padre. Guiada por la escucha de la Palabra de Dios y alimentada por la celebración de la Eucaristía, la comunidad consolida su experiencia de fraternidad y, de este modo, se convierte para el mundo en anuncio poderoso de las nuevas relaciones que surgen entre las personas y los pueblos cuando la Palabra ilumina el camino y el Reino ocupa el centro del corazón. La vida fraterna en comunidad es el primer mensaje misionero que la Vida Consagrada está llamada a proclamar. Las nuestras son “comunidades misioneras”. La fraternidad, cuando es vivida con gozo verdadero, nos hace testigos del Reino.

La comunidad es don, un precioso don de Dios, que hay que cuidar con esmero. Mi predecesor como Superior General, el P. Aquilino Bocos, nos decía que para construir la comunidad había que saber conjugar en la vida de cada día una serie de verbos: confiar, cualificar, construir, hacer creíble, inculturar, dilatar, colaborar. Pero es importante tomar conciencia de que en la conjugación de estos verbos existe un solo sujeto: “nosotros”. Un nosotros que es “don” y “vocación”, que tenemos la obligación de cuidar, agradecer y celebrar. Un nosotros, también, que sabe abrirse a las necesidades de los demás y está dispuesto a construir la comunidad como espacio de acogida para quienes buscan a Dios y para quienes sienten necesidad de un cariño y un respeto que, por diversos motivos, la sociedad les niega. Un nosotros, finalmente, que sabe crear los espacios necesarios de discernimiento que le ayuden a confrontar su estilo de vida con los valores del Evangelio que debe anunciar y su actividad misionera con las situaciones de las personas a las que ha sido enviada y entre las que vive.

3. Dinamizar el compromiso misionero

Ante todo, hemos de tener presente que cuando hablamos de “*misión*” estamos, obviamente, hablando de algo más que de unas actividades apostólicas. La misión va más allá de las obras

apostólicas concretas, pues articula diferentes dimensiones de nuestra vida consagrada, toda ella llamada a ser anuncio de la novedad del Reino de Dios. La misión está en el centro de la vida consagrada y de la identidad de cada Instituto.

La misión fundamental de la vida consagrada y de cada Instituto es la misión de la Iglesia, la única que Jesús confió a sus discípulos. En este sentido, es “nuestra” misión, pero con un “nosotros” que supera los límites de nuestra Congregación o de cualquier otro Instituto religioso. Es la misión de la Iglesia que, fiel al mandato de Jesús, sigue anunciando el Evangelio del Reino a todos los hombres y sirviendo a la causa de aquellos a quienes, según el mismo Jesús, les pertenece: los pobres, los pacíficos, los que trabajan por la justicia, los que sufren. Es la misión que Jesús confió a sus discípulos y que está expresada en el Evangelio a través de diferentes “mandatos misioneros”: proclamar la Buena Nueva a todos los pueblos (cf. Mt 28,18; Mc 16,15); ser testigos de la Resurrección (cf. Lc 24,46-48; Hech 1,8); ser portadores de paz y reconciliación (cf. Jn 20,21-23); curar a los enfermos y ayudar a los excluidos (cf. Lc 10,1-9); ser luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16); amarse los unos a los otros con el amor con que Jesús mismo amó (cf. Jn 13,34-35), etc. Se trata de una misión que tiene diversas dimensiones y que asume formas diversas en los distintos contextos en que se lleva a cabo. En último término, se trata de la misión de Jesús, que Él mismo presentó a través de las palabras del libro del profeta Isaías que proclamó en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

Es más, se trata también de la misión que Dios confió a toda la humanidad de tener cuidado de su creación y de construir una historia fraterna y solidaria, tal como descubrimos en los relatos de la Creación y a través de las páginas de la Escritura, especialmente en la predicación de los Profetas.

Para entender correctamente el tema de la misión, hemos de recuperar su raíz trinitaria. La misión nace de las entrañas mismas de Dios Abba. El Abba engendra al Hijo en la eternidad y nos lo envía para que se encarne en la historia. El Hijo es el Enviado, y lleva a cabo la misión que el Padre le ha confiado. Pero esta misión “filial” no es la única que nace de las entrañas de Dios; hay otra que brota del Hijo como agua viva (cf. Jn 7, 37-39) y que procede del Padre (Jn 15,26): es la misión del Espíritu. Ésta sigue actuándose en la historia del mundo hasta el final.

La misión surge, pues, de la experiencia de un Dios que es comunión y comunicación, que es amor y nos llena de ese amor, que en nosotros rebosa y quiere comunicarse. El mandato misionero de Jesús es una resonancia de la comunión del amor trinitario, una invitación a darle, bajo el impulso del Espíritu, una expresión concreta en el tiempo y el espacio. La Iglesia solo tiene sentido como instrumento de la comunicación de este amor. De este modo participa de la “Missio Dei”, aunque no la agota ni la monopoliza. Este modo de entender la misión subraya la dimensión de gratuidad y nos libera del peso de la responsabilidad de los resultados. Será necesario traducir esta dimensión en los criterios de evaluación que apliquemos a nuestras actividades apostólicas, para que dicha evaluación no se centre excesivamente en los números, consecución de objetivos, etc.

A esta misión “nos sumamos”. La vida consagrada y cada Instituto en particular deberemos dar visibilidad a lo que nos corresponde en la realización de la misión de la Iglesia. Tendremos que ver qué le toca aportar a cada uno, cómo armonizar los carismas, cómo articular las acciones en favor de un proyecto común que es decisivo para el futuro de la humanidad.

Como “vida consagrada” nos sumamos a este proyecto con algunas características importantes. Voy a comentar dos porque me parecen fundamentales.

La primera es la necesidad de asumir generosamente la vocación de la vida consagrada a situarse en *las fronteras de la misión*. Quienes han puesto todo en manos de Dios para poder ser instrumentos eficaces de la construcción de su Reino no deben dudar en ubicarse en las fronteras geográficas, sociales y culturales de la evangelización. Son lugares que requieren la libertad interior que dan la consagración religiosa y el apoyo constante de la comunidad. Es una llamada de la Iglesia a los religiosos y religiosas para que vayamos a los lugares donde el Evangelio no ha sido todavía anunciado; para que seamos testimonios del amor de Dios a través de una presencia comprometida y solidaria en aquellos ambientes de nuestra sociedad donde se hacen más lacerantes las heridas de la exclusión y la injusticia; para que entremos en un diálogo sincero y abierto con quienes influyen de diversas formas y desde distintos ámbitos en la configuración de la cultura de nuestro mundo. Estar dispuestos a asumir esta vocación de frontera supone una profunda espiritualidad y exige un fuerte sentido de itinerancia misionera. ¿Sentimos esta vocación de situarnos en la frontera misionera? ¿Qué nos da miedo o nos mantiene todavía reticentes o apegados a lo “de siempre”?

Junto a ello, no podemos olvidar lo que hemos venido repitiendo desde hace mucho tiempo y que el Magisterio de la Iglesia nos recuerda insistentemente a los religiosos: la necesidad de vivir la *dimensión profética inherente a la vida consagrada* (cf. VC 84). Una dimensión que debe encontrar una expresión concreta en nuestra vida y en nuestra actividad apostólica. La vida consagrada es “una palabra profética” para la iglesia y para el mundo. “Profética” es aquella palabra -y cuando digo “palabra” me refiero a todo aquello que es capaz de comunicar un mensaje- que, al estar fuertemente enraizada en la Palabra de Dios y profundamente empapada de la pasión de Dios por sus hijos e hijas, es capaz de suscitar un cambio “según el corazón del Padre”. La vida consagrada será profética cuando no deje indiferente a quienes entran en contacto con los religiosos y sus actividades apostólicas. Lo será cuando sea capaz de invitar a las personas a la conversión, es decir, a mirar la realidad desde Dios y a construir su proyecto de vida desde los valores del Reino. Lo será cuando dentro de la Iglesia sea memoria viva de la “comunidad de Jesús” y sus características. Lo será cuando se esfuerce por ser, en el mundo, elemento de cambio hacia esa sociedad más justa y fraterna que todos anhelamos y que los profetas anunciaron repetidamente como “voluntad de Dios”. Quien ha experimentado el poder transformador de la presencia de Dios y de su Palabra en la propia vida y en la de la comunidad, está llamado ponerse al servicio de esta “palabra profética”.

Creo que en la realización de esta misión hemos de subrayar algunos aspectos que nos van a permitir responder con mayor eficacia -estoy hablando de “eficacia evangélica”- a los desafíos que nos presenta el mundo de hoy y a hacerlo desde nuestra identidad como religiosos. Propongo cuatro acentos que, desde mi propia experiencia, deberían caracterizar nuestra respuesta misionera:

- a. Una misión en diálogo
- b. Una misión solidaria
- c. Una misión en clave vocacional
- d. Una misión compartida

Los voy a comentar un poco para dejar, luego, que podáis profundizarlos y alargar la lista.

a. Una misión en diálogo

Plantear la misión desde el diálogo supone, ante todo, traer la situación de la gente al centro de nuestras preocupaciones. Exige sumergirse de lleno en las preguntas que llenan la vida de las personas y buscar juntos las respuestas que pueden dar sentido a este momento de la historia. Por ello, pide una gran capacidad de escucha. Se trata, sin embargo, de una escucha que busca entender el porqué de la palabra escuchada o de la situación descubierta. Es una escucha que acoge la presencia singular de cada persona y que sabe mantener la mente y el corazón abiertos a los

interrogantes que descubre en las situaciones que encuentra. Una escucha verdadera exige humildad para saber descubrir la sabiduría ya presente y para dejar que la realidad cuestione nuestras opiniones y métodos, nuestra misma vida. La escucha es exigente. No podemos ir con el proyecto ya hecho o con el programa decidido.

Sin embargo, tampoco nosotros vamos con las manos vacías. Nos ha sido confiado el tesoro del mensaje de la Palabra de Dios. Llevamos dentro del corazón la experiencia del encuentro con Jesús que ha abierto nuevos horizontes en nuestras vidas y las ha llenado de sentido y esperanza. Las preguntas que surgen del diálogo con las personas y de las situaciones que encontramos en el camino, nos piden, igualmente, capacidad de discernimiento. Las hemos de iluminar desde la Palabra de Dios para poder dar con las respuestas adecuadas. Este discernimiento hay que hacerlo siempre en comunión con la Iglesia, comunidad de los discípulos de Jesús, y dejándonos guiar por el carisma que hemos recibido. El discernimiento exige fidelidad al Evangelio y un profundo sentido eclesial. Nos pide igualmente un serio ejercicio de diálogo dentro de nuestra propia comunidad religiosa.

Es bello e inspirador el mensaje final del Sínodo sobre la “Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia”. Después de presentar la Palabra de Dios como Palabra creadora de la vida y del pueblo, al que va guiando en esa gran peregrinación que es el Antiguo Testamento; de invitarnos a contemplar la Palabra encarnada -con un rostro: Jesús el Hijo del Padre- que se hace presente entre nosotros; y de recordarnos que en la Iglesia encontramos el ámbito -la casa- donde la Palabra es acogida, celebrada y, compartida; nos dice textualmente: “La Palabra de Dios personificada ‘sale’ de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz”⁵. El diálogo es el lugar donde acontece la evangelización.

El diálogo nos desplaza: hacia quienes viven en el seno de otras Tradiciones religiosas, hacia quienes tienen otros planteamientos en su vida, hacia las preocupaciones, esperanzas y luchas de unos y de otros. Nos des-centra de nosotros mismos para poder dirigir primordialmente nuestra atención a la vida y realidad del mundo; y de este modo, curiosamente, nos centra mucho más en el plan de Dios para sus hijos, en “las cosas del Padre” (cf. Lc 2,49).

El diálogo exige vivir abiertos a las sorpresas del camino y pide creatividad. La vida consagrada y cada uno de los Institutos que la encarnan saben que cuentan con un patrimonio maravilloso. Son muchos siglos de experiencia en el anuncio del Evangelio. Hay que seguir escribiendo la historia misionera creativamente.

El diálogo intercultural e interreligioso es tan apasionante como difícil. La nueva conciencia en torno al pluralismo cultural y religioso suscita cuestiones que nos inquietan. El diálogo con las culturas y, sobre todo con las otras Tradiciones religiosas, nos descubre nuevos modos de plantear las preguntas fundamentales de sentido y nos permite asomarnos a la belleza de las respuestas que se han ido dando a lo largo de la historia. La experiencia de la fraternidad universal se ensancha y fortalece y, contemporáneamente, se profundiza la experiencia de la paternidad/maternidad de Dios. Acompañados por Jesús, vamos reconociendo el amor del Padre en las “palabras” que han ido llenando de sentido y esperanza el caminar de tantos hermanos y hermanas nuestros. Vivir como discípulos de Jesús para que todos tengan vida es la gran tarea, que sólo se puede desarrollar creíblemente desde una total gratuidad. Una vida completamente entregada -consagrada- a Dios

⁵ MENSAJE AL PUEBLO DE DIOS DE LA XII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS; n. 10

debería crear en los religiosos una sensibilidad especial para saber captar los signos de su presencia y una capacidad fuerte de secundar las llamadas que Él nos dirige a través de las riquezas de las culturas y las Tradiciones religiosas con que nos encontramos.

En este ámbito del diálogo se inscribe el tema de *la inculturación* que nos pide respetar las culturas de los pueblos a los que hemos sido enviados: su lengua, su historia, sus anhelos y sus luchas para construir unas bases sólidas que les permitan mantener su identidad dentro de un mundo en el que se percibe una imposición de las culturas dominantes. En la historia de las Congregaciones religiosas hay ejemplos maravillosos de misioneros que supieron ser parte de sus nuevos pueblos: los amaron, los escucharon, les ofrecieron todo lo que eran y tenían. Es hermoso escuchar las expresiones de la gente sencilla cuando habla de “nuestros misioneros”. Los sintieron verdadera y entrañablemente “suyos”. Estoy seguro de que podríamos compartir muchas historias hermosas sobre este punto. Ciertamente se trata de un diálogo que sabe también ser crítico, pero que es siempre “amigo”. Todas las culturas tienen elementos que deben ser purificados y todas ellas deben dejarse enriquecer por el anuncio del Evangelio.

Finalmente una misión en diálogo nos pide replantear nuestro modo de relacionarnos con el mundo. La vida consagrada ha vivido su relación con el mundo de modos diversos en las distintas épocas de la historia. Se subrayó, en un primer momento, la “fuga mundi”; se pasó a querer “recrear el mundo” que se rompía con la caída del orden social establecido y sus instituciones; se acentuó el “conquistar el mundo” para Cristo a través del desplegamiento misionero; las Congregaciones con sus carismas han intentado “servir al mundo”; se ha acentuado el “confrontar al mundo” denunciando aquellas formas de organización y dominio que provocaban exclusión en muchos, etc. En cada una de estas formas de relación con el mundo hay un modo peculiar de entender el mundo y la misión de la Iglesia, acorde con las sensibilidades culturales y las situaciones socio-culturales de cada tiempo. La vida consagrada ha ido aprendiendo a mirar el mundo de un modo nuevo y a construir una “relación amiga” con él, porque sabe que es el mundo “amado por Dios hasta darle a su propio Hijo”. La relación con el mundo es un elemento importante a la hora de pensar la misión de la vida consagrada. Dialogar y comprometerse con el mundo no es claudicar ante el desafío de la secularización. La vida consagrada quiere ser capaz de seguir provocando la pregunta sobre Dios, pero quiere y debe hacerlo de modo que sea también inteligible a los hombres y mujeres de las sociedades secularizadas. La espiritualidad se ha encarnado mucho más en la vida y los religiosos hemos comprendido que la conexión con el misterio de Dios no se da solo en los espacios sacrales, sino allí donde nuestro Dios se encarna: lo que hicisteis a uno de estos mis pequeños hermanos, a Mí me lo hicisteis (cf. Mt 25,31-46). Estamos llamados a vivir nuestra consagración en el mundo; no hay otro lugar para ello. De este modo podemos seguir siendo expresión del amor inconmensurable de Dios por su pueblo.

b. Una misión solidaria

Pablo VI escribió en la encíclica “*Populorum Progressio*” que la Iglesia “se estremece” ante el grito angustiado de los pueblos que viven situaciones de injusticia y hacía un llamamiento a todos a responder con generosidad a dicha situación⁶. Este “estremecimiento” o “conmoción” ante la realidad de la injusticia experimentada por tantos millones de seres humanos es el primer paso para un compromiso serio por la justicia y la paz. Observamos en nuestra sociedad un grado muy notable de insensibilidad. Muchos se han acostumbrado a que las cosas sean así y han ido cayendo en una especie de fatalismo que les inmoviliza. De ahí, que para una acción decidida en favor de la justicia

⁶ “La Iglesia, conmovida ante gritos tales de angustia, llama a todos y a cada uno de los hombres para que, movidos por amor, respondan finalmente al clamor de los hermanos” (PP 3). En algunas lenguas han traducido la expresión latina por la palabra “estremecerse”.

y para poner en marcha verdaderos movimientos de solidaridad sea necesario ese contacto directo con la realidad de los pobres y oprimidos. ¿Nos afecta y estremece verdaderamente la situación de injusticia que viven tantas personas? ¿Nos inquieta? ¿Tienen los pobres y excluidos un rostro y un nombre para nosotros, más allá de las imágenes que nos transmiten los medios de comunicación social?

Quienes están llamados a ser testigos de las Bienaventuranzas y signos del proyecto de Dios para sus hijos se sienten profundamente interpelados por estas situaciones de injusticia y exclusión. La opción por los pobres y el compromiso por la justicia han sido incorporados por la Vida Consagrada en su praxis y en su reflexión teológica. Se trata de una opción inherente a la dinámica del amor vivido según Cristo. El desafío para la vida consagrada es cómo comprometerse en la promoción de la justicia a partir de su propia identidad, asumiendo, por lo tanto, la revisión constante de las propias opciones de vida, del uso de los bienes y del estilo de relaciones que ello comporta.

Aquí aparece también el desafío del compromiso socio-político. La dimensión política del amor cristiano, que busca la transformación de las estructuras para que se haga justicia a los oprimidos, es algo que ha ido adquiriendo contornos más precisos en la conciencia eclesial y de la vida consagrada. Queremos expresar nuestro compromiso por la justicia a través de un estilo de vida y de una acción apostólica que toque las raíces mismas de las dominaciones y opresiones y busque crear las condiciones que permitan el nacimiento y consolidación de un mundo verdaderamente inclusivo, donde nadie quede marginado de la fraternidad humana. Aquí se juega, en parte, la credibilidad del anuncio del Evangelio. Un compromiso de este tipo solamente puede mantenerse desde la libertad interior que crea una entrega absoluta y definitiva a Dios y a su proyecto de salvación. Es un compromiso que nos lleva a descubrir nuevos horizontes en la vivencia de la consagración religiosa y en la fraternidad que nos congrega.

Porque creemos en Dios y deseamos hacer de la fidelidad a su proyecto el hilo conductor de nuestra vida, nos sentimos fuertemente interpelados por estas situaciones. La Palabra de Dios, punto de referencia fundamental de nuestra vida, nos cuestiona constantemente en este sentido. No podemos olvidar, sin embargo, que la Palabra de Dios tiene una clave hermenéutica clara y que, sin asumirla, su lectura no llega a tocar verdaderamente la vida. Esta clave es el amor de Dios por sus hijos, es la pasión de Dios por los pobres, esa pasión que marca radicalmente la vida de Jesús: “Evangelizare pauperibus misit me” (cf. Lc 4,18). Una clave a la que se accede solamente desde la cercanía a la situación de los empobrecidos y excluidos y abriendo el corazón y todas las dimensiones de la vida a las preguntas que suscita. Nuestra vida y nuestra palabra no tendrán capacidad de anunciar el Evangelio ni poder transformador, si no nos acercamos a estas realidades que nos “centran” de nuevo en lo más nuclear del proyecto de Dios para sus hijos. Renovar la opción por los pobres y excluidos y por la justicia es una condición indispensable para ser fieles a nuestra misión.

La mayoría de las Congregaciones religiosas, geográfica y estadísticamente hablando, están cada vez más situadas entre los pobres. Su crecimiento se da, principalmente, en las zonas del mundo donde existen índices de pobreza más alarmantes. Me alegra ver el compromiso de muchos religiosos y, sobre todo religiosas, al lado de personas que sufren escandalosas situaciones de exclusión, consolando, acompañando y trabajando con gran generosidad por el reconocimiento de su dignidad y la mejora de sus condiciones de vida. Son múltiples las iniciativas de todo tipo que se están llevando a cabo en este sentido. De hecho, los testimonios de los religiosos y religiosas que, a pesar de las dificultades y de las amenazas a sus propias vidas, acompañan situaciones de exclusión y de pobreza son una de las palabras más poderosas e inteligibles que la Iglesia está pronunciando. Sus vidas no sólo transmiten un mensaje de solidaridad y generosidad, sino que son capaces de suscitar la pregunta sobre el Dios que las inspira.

Pero, al mismo tiempo, veo la necesidad de estar siempre muy atentos para no ser arrastrados por una cierta tendencia a la instalación que nos asalta continuamente y que puede alejarnos de esta opción fundamental de la vida consagrada. Debemos cuidar que todos nuestros proyectos sean siempre pensados y realizados desde un verdadero sentido de solidaridad con los excluidos y un compromiso sólido y claro por la justicia, por la transformación del mundo. Creo que es muy importante replantear la vivencia de los votos y de nuestra fraternidad a partir de las preguntas que suscita una misión vivida desde una profunda solidaridad con los excluidos. Integrar consistentemente este tema en los procesos formativos es una de los desafíos que tenemos planteados en todas las zonas de nuestras Congregaciones. El Dios que nos ha llamado nos ha “ungido con su Espíritu” para anunciar la Buena Noticia a los pobres. No podemos vivir nuestra consagración sin asumir esta misión.

c. Una misión en clave vocacional

Otra elemento que considero importante es plantear la misión en clave “vocacional”. Hablo de “clave vocacional” en sentido amplio, o sea de un trabajo pastoral -parroquial, educativo, social o de cualquier otro tipo- que busca el encuentro y la relación con la persona e intenta acompañarla a una opción de vida que la llene de sentido y esperanza, y que le permita sacar todo lo bueno que tiene dentro y ponerlo al servicio de alguna causa que valga la pena. En un tiempo en que se percibe una notable falta de profundidad y en el que se está apoderando de las personas una tendencia fuerte a un individualismo insolidario, este planteamiento pastoral se hace más necesario que nunca. Con relación a los jóvenes, por ejemplo, no nos puede dejar satisfechos simplemente tener grupos juveniles numerosos o llenar las iglesias o las plazas. Esto se puede incluso convertir en un “episodio más” en la vida de los jóvenes. Lo que se nos pide hoy es entrar en una relación cercana que busca ayudar a los jóvenes a vivir en profundidad, a sentirse queridos, a tomar conciencia de que tienen una misión importante que realizar en este mundo. Éste es también el camino que permite entrar en un proceso de maduración de la fe y de integración responsable en una comunidad cristiana.

Obviamente esta “misión en clave vocacional” no se refiere simplemente a los jóvenes, sino que centra nuestra atención en una acción pastoral que tienda a acompañar a las personas a una opción madura por Cristo y por el Reino. Supone por nuestra parte una profunda experiencia de fe y un deseo ardiente de compartirla. Exige también saber dedicar tiempo a las personas, ayudarlas con gran respeto a explicitar las preguntas que llevan en su corazón y acompañarlas en la búsqueda de una respuesta que verdaderamente les llene. Sabemos que en Jesús la van a encontrar. Una pastoral en clave vocacional nos llevará a cuidar también la formación de la comunidad cristiana para que sea lugar de crecimiento en la fe y de verificación de las nuevas relaciones que nacen entre las personas cuando el Reino ocupa el centro de sus vidas. Dentro de esta comunidad se consolidará la opción personal de fe y cada uno encontrará el apoyo necesario para vivir su vocación como discípulo de Jesús y testigo del Reino.

Una misión “en clave vocacional” es necesaria en todos los contextos, pero cobra una urgencia especial en los lugares marcados fuertemente por los procesos de secularización. Se trata de procesos que están cuestionando la religiosidad tradicional y el modo de vivir la fe de muchas personas. En muchas de ellas ha supuesto, incluso, una desaparición del sentido trascendente en el horizonte de sus vidas. Es algo que se va traduciendo en la construcción de una cultura y un mundo en el que Dios ya no es necesario y en el que ni siquiera se considera ya conveniente su presencia.

No quiero decir que la secularización sea un proceso totalmente negativo. Tiene también su vertiente positiva; implica el reconocimiento de la libertad, de la dignidad y de la autonomía del hombre y sus derechos. La secularización es una gran oportunidad de purificación de la imagen de Dios y de las funciones de lo religioso. Purifica lo religioso de la manipulación social, política e ideológica. Sitúa lo sagrado y lo santo allí donde lo coloca el Evangelio y la experiencia de Jesús. La secularización se hace, sin embargo, negativa cuando se cierra a la apertura hacia Dios. A partir de este momento ofusca el horizonte de la vida del ser humano y lo encierra en un espacio donde se hace difícil la experiencia del amor de Dios, que capacita para amar y llena de sentido y esperanza la vida de las personas. En este contexto cultural los proyectos pastorales han de priorizar el acompañamiento de las personas a una profunda experiencia de Dios y ayudarles a madurar en su opción de fe, de modo que puedan vivirla con gozo y sentirse llamadas a ser testigos del Reino en los distintos espacios donde se desarrolla su vida. Nuestra propia experiencia como religiosos nos ha de ayudar en este servicio a los hermanos.

Estamos a las puertas del Sínodo sobre la nueva evangelización. ¿Qué significa para nosotros, misioneros, esta “novedad”? ¿Qué iniciativas responden a esta llamada que nos hace la Iglesia? ¿Qué plataformas pastorales pueden dar cauce operativo a esta novedad que se nos pide? Sería triste que todo acabara en unas estrategias para recuperar espacios sociales que han ido escapando a nuestro control e influencia.

d. Una misión compartida

La misión no pertenece a nadie en exclusividad; pertenece a Dios que derrama su amor sobre todos los hombres. La diferencia de carismas es solamente una posibilidad para expresar mejor la riqueza de esta misión que nace de Dios y es vehículo de su amor para todos. La misión es, esencialmente, “misión compartida”.

Por otra parte, el nuestro es un tiempo de sinergias. Los procesos de globalización están imponiendo este parámetro en los diversos ámbitos de la vida y actividad humanas. La complejidad de las situaciones y la complementariedad de los saberes convierte en necesidad lo que hace un tiempo era una más entre muchas opciones.

Hemos visto cómo el personal de nuestros Institutos ha disminuido sensiblemente en algunas partes del mundo y, por otro lado, los mismos procesos de globalización plantean nuevos desafíos a los que es difícil responder de un modo significativo desde cada uno de los Institutos. Ha llegado el momento de emprender de un modo más decisivo el camino de la colaboración. Los foros de reflexión conjunta y los espacios de colaboración entre los Institutos religiosos que hemos creado durante estos años han producido frutos abundantes. Ahora sería la ocasión para dar un paso más y afrontar una nueva etapa en la colaboración intercongregacional, diseñando iniciativas evangelizadoras que puedan ofrecer respuestas más significativas a los múltiples desafíos que nos presenta el mundo de hoy. Algunas experiencias nos están descubriendo ya la potencialidad de esta opción.

Pero la “misión compartida” va, naturalmente, más allá de la colaboración intercongregacional. Nos lleva a una relación y una colaboración dinámica con todos los que forman la Iglesia particular: Obispo, presbíteros y otros ministros ordenados, religiosos y laicos. Nace de una visión de Iglesia en la que los carismas y ministerios y las formas de vida que generan se saben deudores unos de otros. De este modo, a través de la experiencia de comunión, todos crecen en el deseo sincero de profundizar en el seguimiento de Jesús según la vocación que cada uno ha recibido y de servir la causa de una humanidad más justa y fraterna, en la que se respete plenamente la dignidad de cada

persona y en la que no haya excluidos; en fin de cuentas, en la que Dios sea verdaderamente glorificado, porque la “gloria de Dios es que el hombre viva (Ireneo de Lyon), que el pobre viva (Óscar Romero), que la naturaleza viva (Pablo de Tarso).

La “misión compartida” nos lleva también a la colaboración con todas aquellas personas y grupos que, desde Tradiciones religiosas diversas o motivados por distintas ideologías humanistas, intentan transformar el mundo de modo que sea más fraterno y solidario y, de este modo -diríamos nosotros- acercarlo mucho más al proyecto de Dios. Considero que es una dimensión importante porque nos coloca en un ámbito en el que nosotros no somos ya los “protagonistas”, sino en el que nos toca sumarnos, desde nuestra identidad cristiana y religiosa, a un proyecto que ya existe y que es compartido por otras muchas personas. Nos hace mucho más ecuménicos o, como insiste siempre mi hermano de Congregación el obispo Pedro Casaldàliga, mucho más macro-ecuménicos. Nos educa precisamente en aquellas actitudes de respeto y complementariedad que son imprescindibles para vivir la “misión compartida”.

La colaboración intercongregacional nos va pedir una reflexión en torno a la interacción de los carismas y a su encarnación concreta en las actividades que han caracterizado la vida de los Institutos a lo largo de su historia. Probablemente, en algunos casos, pedirá nuevos modelos de organización comunitaria y de gobierno. El horizonte de una mayor colaboración entre las congregaciones nos obligará a introducir también algunos elementos en los procesos de formación inicial y continua que preparen a las personas para este tipo de experiencia. Debemos cuidar el crecimiento en la comunión entre quienes participan en el mismo proyecto y, al mismo tiempo, asegurar la consolidación de cada uno en la identidad propia de la familia religiosa a la que ha sido llamado. Son nuevos desafíos que pueden enriquecer el patrimonio espiritual de cada Instituto y de la vida consagrada en general. Ciertamente van a suponer un nuevo impulso en la proyección misionera de la vida consagrada. Exigirá mucha claridad en el diseño de los proyectos, con procesos de discernimiento que se verán enriquecidos por la sensibilidad que caracteriza a cada uno de los Institutos que forman parte del ellos.

La colaboración con los laicos, especialmente con aquellos laicos con quienes compartimos una misma herencia carismática, va a enriquecer la vivencia de nuestra vocación como religiosos. Con ellos nos queremos comprometer en un proceso que comienza por mirar juntos la realidad con una mirada enriquecida por las perspectivas particulares de quienes viven su vocación cristiana como consagrados y quienes la viven como laicos. Sabemos que éstos “subrayan” la índole secular y los religiosos la índole escatológica de la misión de la Iglesia. Los laicos acentúan en la comunión eclesial el valor que tienen, en los planes de Dios, las cosas con las que nos encontramos diariamente: el trabajo, la familia, la política, etc. Los religiosos convertimos nuestra vida en signo de que, reconociendo la relevancia de todas estas cosas, es muy importante vivir conscientes de que lo fundamental está más allá, de que no podemos vivir centrados en las “cosas de Dios” olvidando al “Dios de todas las cosas”.

Es importante caer en la cuenta de la importancia que esto tiene para la misión de la iglesia y de la vida consagrada dentro de ella. En este camino de colaboración, de “misión compartida”, vamos aprendiendo a declinar el lenguaje de la inclusividad que nos hará signos más claros e inteligibles del mensaje que hemos sido enviados a comunicar. Cuando nos abrimos a la experiencia de vida cristiana de quienes han recibido una vocación distinta en la Iglesia, llegamos a comprender mejor la belleza del camino al que Dios nos ha llamado y podemos contemplarlo dentro de la armonía de todo el cuerpo eclesial.

CONCLUSIÓN

Para concluir vuelvo al Congreso Internacional de la Vida Consagrada del año 2004 y a la expresión que nos ofreció para expresar hoy nuestra identidad: “Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”. Si no nos posee esta pasión todo será en vano. Aquí radica lo más importante en este momento para mantener el dinamismo de nuestras Congregaciones.

El idiograma que, en lengua japonesa, indica la palabra “ocupado” (en el sentido de estar “muy ocupado”, un tanto “agobiado” incluso) está compuesto de dos partes: la de la izquierda indica el “corazón” (en el sentido de alma o espíritu), la de la derecha significa “perder”. El idiograma describe, por lo tanto, la situación de una persona que ha olvidado lo más importante, que ha perdido de vista el centro que da unidad a todas las dimensiones de su ser y llena de sentido cada una de sus acciones. Está un tanto perdida en sus propios proyectos.

Recuperar el alma de la vida consagrada para que siga siendo la fuente de sentido y la dinamizadora de las múltiples y maravillosas actividades que los consagrados llevamos a cabo es nuestra gran tarea. Se trata, en último término, de dejar que el Espíritu llene nuestro corazones de “pasión por Cristo y pasión por la humanidad”.

Roma, 3 de septiembre, 2012

Josep M. Abella, cmf.
Misionero Claretiano